

# Onésimo es distinto

1

Desilusionado hasta de su propia sombra por un defecto de su maxilar superior, Onésimo de la Torre sonreía sin límites. Durante el otoño lo conocí en Valdivia, esa lluviosa ciudad del sur de Chile, hace más de veinte años. Debo decir que su sonrisa fue siempre un enigma, como sucede con la mutación de las serpientes. Lento de ojos y de manos, un poco gordo, la nariz pálida, curva, casi pálida; más bien taciturno y con las pupilas dilatadas como huevos de codorniz.

Su padre, que aún vive, abandonó Valdivia y se vino a vivir a Cataluña, donde pude verlo en septiembre de 1980.

“Nunca hemos sabido qué hacer –me dijo con lágrimas en los anteojos, después de un largo abrazo–: Onésimo no quiere salir de Chile y todavía sigue cultivando su doble personalidad; durante el día se dedica, no sin asombro, a inventar nuevos formularios en la Oficina Federal de Hacienda, construyendo claves, casillas, registros de contribuyentes, documentos que deben acompañar a esta solicitud, fecha de nacimiento, anotaciones de la oficina receptora, apellido paterno, teléfono, materno y nombres, si los hay, zona postal, municipio o delegación, y lea detenidamente las instrucciones contenidas al reverso antes de llenar esta forma. Por las noches, llueva o no llueva, mi hijo se encierra, solitario, en su cuarto que está muy cerca del río, y después de derramar una lágrima ante el retrato de Alejandra Santelices, su novia que no pudo ser, extiende el mantelito sobre la mesa, destapa la botella de vino tinto, devora sus tallarines de cada día con queso parmesano, suele quitarse la corbata, no se quita el sombrero de color verde oscuro, se ha puesto las pantuflas y en el viejo tocadiscos pone a Frank Sinatra cantando *If you never come to me*, de Antonio Carlos Jobim, como si necesitara evadirse de la humedad del sur. Entonces, melancólico, irascible, va escribiendo con lentitud, débil, como una medusa, casi como un gurú destinado a revelar las mayores contradicciones del espíritu. Como usted sabe, mi Onésimo no es un niño de mucho impulso, ya tiene más de cuarenta años, sonríe sin necesidad ninguna, pero sonríe, y escribe cosas no siempre legibles para una persona más o menos sencilla como yo. Tres días antes de mi viaje, me dijo en pocas palabras:

‘Llévate este cuaderno de apuntes y, si tienes la suerte de verlo, entrégalo a Jack Livi, el viejo amigo de Lavín Cerda. Lo recordamos con entusiasmo. Él estuvo en Valdivia hace algunos años, quizá después del invierno que, como tú sabes, es casi permanente, y no podríamos olvidarnos de su capacidad para confundir la naturaleza divina con la humana. Creo que el humor suyo no se comprende todavía, así como su paradójico patetismo que en mi opinión es el juego hilarante de las catacumbas. Hay algo perruno en Jack, perruno y catatónico; un poder de animal místico suspendido en el éter del Universo’. Reciba usted el cuaderno de cuadritos, no tiene muchas páginas, y estoy seguro de que lo leerá en una sola noche. Mi hijo piensa en frases cortas, como jugando, y su caligrafía es la filigrana de un caballero antiguo que estudió con las monjas.”

–Gracias –dije–, pero yo no soy Jack Livi.

–Es casi lo mismo –dijo el padre de Onésimo sin levantar los ojos. Él tiene un espíritu musical y dice que siempre es lo mismo.

–Gracias –repetí como un autómatas y tomé el cuaderno que, en efecto, era de hojas cuadrículadas.

–Ábralo, léalo: un verso, una frase, aunque sea una palabra. Fue lo que hice. Abrí el cuaderno en la página 7 y leí en voz alta, poco a poco:

“Todo objeto, al fin, es una sombra, y su configuración da vida al hecho atómico. En el hecho atómico, los objetos dependen unos de otros, como los eslabones de una cadena que se combinan formando un ritmo. El modo como los objetos dependen, de sombra en sombra, es la estructura del hecho atómico. La forma, entonces, es la única posibilidad de la estructura. Dudo que sea la única, aunque la estructura del hecho consiste en la estructura del hecho atómico. Se ha dicho que la totalidad de los hechos existentes es el mundo. Quién sabe. A mí me parece una afirmación muy temeraria y demasiado simple. Se sigue diciendo que la totalidad de los hechos atómicos existentes determina, asimismo, cuáles hechos atómicos no existen. Los hechos atómicos son independientes; de la existencia o no existencia de un hecho atómico, no se puede concluir la existencia o no existencia de otro. La total realidad es el mundo. ¿Han visto afirmación más ambigua? Cada ser humano se hace una figura de los hechos y dicha figura

presenta o representa los estados de cosas en el espacio lógico: la existencia y no existencia de los hechos atómicos. La figura de todo objeto, por último, es asombrosa y sombría, pudiendo convertirse en modelo de la realidad.” Cerré el cuaderno y no pude seguir con la lectura.

–Llevaré la noticia por todo el mundo– dije en voz baja y alcancé a ver al padre de Onésimo jugando con un gato de peluche, sin ocultar su júbilo.

–Me siento muy feliz–dijo observándome las manos. Usted debiera disculparme, pero no sé qué me sucede. Aún estoy feliz, no entiendo nada, ni siquiera el principio, más bien nada, y mi hijo es todavía un enigma o la posibilidad evidente de que alguna vez lo sea. ¿No le parece?

Debí decirle que por supuesto. Sin embargo, no se lo dije.



2

Algunos dicen que mi verdadero nombre es Onésimo y que todavía soy el único hijo de Jacinto de la Torre, uno de los contadores públicos de mayor reputación en todo el país. Me atrevo a creer que lo conocí durante los últimos años, de noche, y en una taberna con olor a catacumbas: liviano de sangre, más bien lento, livianísimo de uñas a pesar de sus 95 kilos, fiel a la urdimbre de la contaduría, medio calvo, casi fiel a sí mismo y con una parsimonia de noctámbulo dedicado a las evoluciones del pensamiento abstracto, no obstante el cultivo de las matemáticas de acuerdo, únicamente, al sistema de las ofertas y las demandas. Como ustedes pueden ver, aún tengo la sospecha de que don Jacinto llegó a convertirse en mi padre a través de las involuciones más o menos inciertas de aquello que todavía conocemos como pensamiento abstracto.

En esta foto no se ve a nadie: solitario en uno de sus ángulos, no debo tener más de cinco años y mi madre es una sombra bajo este árbol de hojas amarillas. Tal vez se trata de un abedul, aunque lo dudo porque en Valdivia no

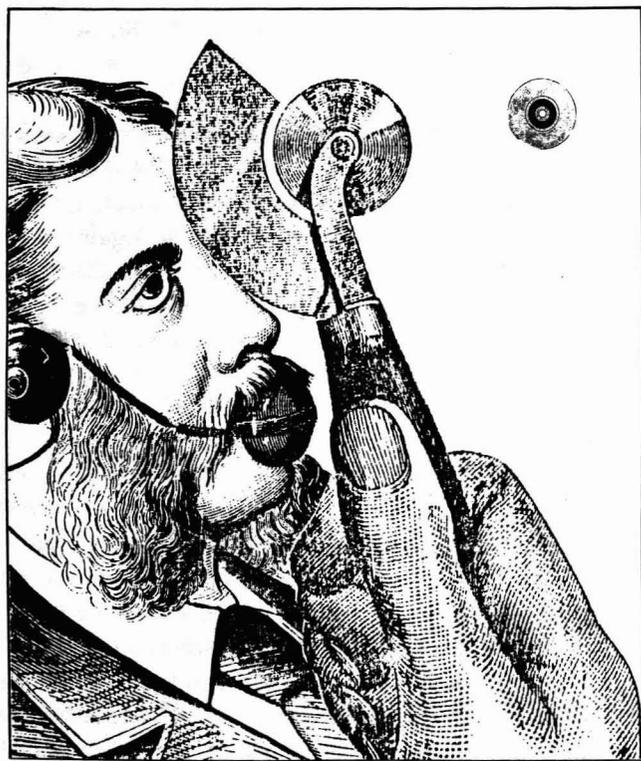
hay más abedules que aquel eucalipto cubierto de peste. Un perro se oculta detrás del árbol y ese perro soy yo: tiene los ojos del color de las hojas del eucalipto, mueve siempre su cola en sentido contrario, parpadea como un recién nacido y ha perdido la costumbre de ladrar cuando se encuentra en una situación difícil. Esta nariz de perro escondiéndose en la sombra del viejo eucalipto; el temblor de esta cola cuyo destino nadie conoce. La cola me ignora por detrás del árbol, así como esta nariz que después de olfatearme sigue desconociéndome sin pudor alguno, sin ninguna misericordia. De pronto el perro se desprende y parece huir de su cola, pero la realidad lo desmiente: toda fuga es una burla. Esta nariz está burlándose del perro que todavía la sostiene en la punta de su hocico; la lengua de esta nariz se cansa y el hocico es un paisaje estéril, el paisaje del pensamiento abstracto donde Jacinto de la Torre prepara su estrategia destinada a confirmar, científicamente, que toda concreción es absoluta, no obstante el accidente espiritual de sus desviaciones. Así soy yo, más o menos, y así es don Jacinto: así fuimos desde el primer día. Pudiera decirse que aún nos desconocemos en medio de este bosque donde los perros han perdido la costumbre de ladrar cuando se encuentran en una situación difícil.

Vemos que el perro no sabe cómo agitar la cola y su madre le dice no te muevas, aún no has cumplido los cinco años, mañana será otro día, toda fuga es una burla. Todavía no sé quién eres, le digo y corro bajo las nubes. Sí, ya sé que te llamas Alejandra, como mi novia, y me persigues como yo la persigo a ella en el fondo de este retrato donde la realidad es la existencia o la inexistencia de los hechos atómicos. Creo que mi madre es el símbolo de una forma lógica, aun cuando parezca lo contrario a los signos que a menudo se ocultan en la trampa de su propio error. Tal vez ella es capaz de contenerse a sí misma, suceda lo que suceda y en un tiempo de muy difícil precisión. Don Jacinto es otra historia, ya se sabe, y nunca pudo llegar a las honduras de Alejandra convirtiéndose en una muñeca de cera sumergida en su retrato: rojizo es el color de su pubis casi adolescente y es amarillo el ámbito donde la lengua no tiene más destino que el de su propio vértigo. Debo decir que ella es alegre, dinámica y ventrílocua, más allá de toda apariencia melancólica; no estoy diciendo una mentira si afirmo que Alejandra posee el busto más perfecto del continente americano. Desearía no referirme a este fenómeno atómico, situándolo en Alemania, Suecia o Suiza. ¿Para qué irnos tan lejos? Sin embargo no puedo olvidarme de su erotismo con implicaciones germanas: el tatuaje en su muslo izquierdo –una pequeña lengua–, qué maravilla de tatuaje, una lengua azul agitándose dentro de la mayor sutileza. Qué finura de lengua, como de serpiente venenosa de cuello dilatado, subiendo y bajando desde las ondulaciones interiores del muslo cuyo vigor es un peligro cuando uno quiere vivir o sobrevivir en comunidad. Súbitamente, la lengua se transfigura y acaba multiplicándose hasta convertirse en todo el mundo que la sostiene o, mejor dicho, trata de sostenerse a sí misma. Más que muslo, muslazo; más que muslazo, muslote. Un registro inusual, una temperatura de

configuración múltiple. Alejandra es una sustancia que se basta a sí misma y es independiente de su propia forma y contenido; pareciera que su capacidad erótica no es de este mundo, a pesar de sus ritmos que son el reflejo de la desmesura o del demonio acariciando las figuraciones o desfiguraciones de su lengua. De pronto me habla con el estómago: abre sus labios en un gesto imperceptible, parece que me ha dicho ven, no tengas miedo, déjame quitarte el sombrero, la corbata, los calcetines de color oscuro. Afuera sigue lloviendo, la taza de café es una línea curva sobre una hoja en blanco y no me atrevo a decirle que mi corbata es lo último. Nadie sabría decir qué representa mi corbata o más bien qué fuimos en medio del bosque donde la sombra del abedul cuelga eternamente del eucalipto y el perro es el representante de otra intriga que todavía nadie ha descubierto.

Ella le dice muévete, no abandones la tumba, muérdeme la figura del pezón izquierdo, sólo el dibujo amarillo del pezón izquierdo, y estoy riéndome como toda bestia que acaba de cumplir cinco años y quisiera escaparse de las profundidades de su autorretrato.

—Entonces veo que la forma ya no es una posibilidad de la figura— digo, al fin, sin entenderme.



3

Onésimo toca la flauta en el momento más inoportuno. Él lo sabe y emite sonidos sin ningún equilibrio cuando todo está amenazado por la falsa orgía del orden perpetuo. Así es el hijo de Jacinto de la Torre y debemos aceptarlo tal cual es: un individuo cuyos anteojos ni siquiera lo protegen de la incertidumbre de su propia mirada. Casi siempre está triste, pero siempre sonríe a causa del defecto de su maxilar superior. Ahora se ha sentado en la bacinica de porcelana

—una reliquia de familia— y piensa en el destino del funcionario de la Oficina Federal de Hacienda que se volvió anacoreta en los últimos años: “Yo soy el que toca la flauta para que las moscas no me abandonen y demuestren su amor por la alegría del zumbido. Don Jacinto es un fantasma y Alejandra Santelices tampoco existe; sin embargo no estoy solo y mis hábitos de solitario no deben confundirse con la soledad. Me rodean estas sillas y aquellas moscas cuyo propósito es acabar con las moscas después de acabar con las sillas. Nunca me explico qué sucede. ¿Por qué razón las sillas no permiten que las moscas sigan zumbando sobre nuestras cabezas? ¿Por qué razón las moscas no permiten que las sillas sigan arrodillándose a nuestros pies? A menudo bostezo, caliento el agua en una tetera con dibujos que corresponden al pensamiento abstracto; creo que voy a morirme de risa, una risa inaudible, y las moscas, llenas de envidia, se burlan de mi actitud que apenas puede disimular su júbilo. No es fácil aceptar que en el espíritu de cada mosca se oculta una silla. Es más bien increíble. Sin embargo, la ciencia ha demostrado que lo pequeño contiene a lo más grande y lo más grande, a veces, no es más que el desequilibrio de lo pequeño. Supongo que todo esto aparece en el pensamiento de los filósofos presocráticos; en realidad, yo nunca tuve la suerte de ser amigo de algún filósofo en esta ciudad tan húmeda. Pienso que lo húmedo es un obstáculo para el desarrollo de la filosofía y es muy difícil que la reflexión pueda cultivarse en esta atmósfera donde el crimen se ha vuelto imprescindible.

“Ayer supe que al odiarse entre sí, hasta las moscas me odiaban; no sé si ocurrirá lo mismo con los zancudos y las mariposas nocturnas. Con las ratas sucede lo contrario y eso tiene una explicación simple: ninguna puede sobrevivir en este clima de fin de mundo. Valdivia es amorosa, pero insoportable. No podríamos vivir lejos de aquí: la humedad y el frío lograron el exterminio de las ratas que tal vez nos hubieran hecho felices con su música de roedor empecinado en destruirlo todo. Es una lástima que no haya ratas en medio del bosque. Alejandra dice que yo no les tengo miedo y acabo de cumplir cinco años bajo la lámpara que ella enciende con asombro: ‘Tus primeros cinco años’, dice riéndose; ‘¿no te parece un enigma?’ No me atrevo a decirle que no entiendo: todo es de una normalidad ilimitada. Mi cumpleaños ni siquiera es una ceremonia y el olvido es la única certeza del fantasma que los cumple. Gozo burlándome de Alejandra y ella me ha dicho que el olvido es una utopía fundada por Dios en un momento de peligro: ‘No debieras olvidar que la memoria es lo único que se salva de la descomposición final. No hay más alternativa que la memoria en este universo donde hasta las estrellas se pudren; desaparecen las civilizaciones y siguen con vida esas ratas cuya memoria las redime lentamente’. ¿Tú crees?, le dije sin provocar ningún desasosiego con mi pregunta. ‘No me inquietas, Onésimo, cómo se ve que no me inquietas’, dijo Alejandra y cerró los ojos. Desde entonces recuerdo que yo seguía tocando la flauta con el único fin de que las moscas no me abandonaran en el momento más inoportuno.”



4

Casi todo es incierto y la sonrisa ya no existe. Onésimo amaneció con dolor de muelas, esa experiencia inefable, cuando se disponía a escribir sus aforismos. “No hay mayor profundidad, física y metafísica, que una muela en estado de incertidumbre. Es casi lo mismo que la patología política, aun cuando su precisión no tiene mucho que ver con las leyes internas del universo ideológico. Diríamos, entonces, que cada cosa en lo suyo. Por un lado el dolor de naturaleza indescriptible y por el otro las especulaciones que podrían llegar a ser tan dolorosas como la muela en estado inconveniente, pero a causa de un motivo absolutamente opuesto. Las ciencias de la política y la odontología se confunden pero no son iguales; conservan sutilezas que las distancian, poco a poco, aunque el grupo sanguíneo sea el mismo: incisivos para morder el polvo –como diría un personaje del realismo social– y colmillos para sufrir, a plenitud, la misma suerte de los incisivos. Ahora el bisturí va cortando la mucosa y los labios no quieren o no pueden recuperar la sonrisa del comienzo, cuando la mandíbula era autónoma y no dependía de cualquier accidente. Muerte al cuchillito invisible, piensa la lengua, pero el bisturí se introduce de improviso en la pequeña bóveda destinada a la muela final. El estallido es inmediato; risa nerviosa, combustión en el cerebro. Una aguja sale, otra brilla en el aire, y un alfiler muy delgado busca la raíz del nervio bajo la lámpara. No podríamos soportar este dolor; más bien no puedo seguir con este juego que ideológicamente no conduce a nada favorable. Casi toda política es cruel y lo mismo sucede, diente por diente, con el desarrollo histórico del lenguaje convertido en fonética. No olvidemos, como dijo Jack Livi cuando vivía

en Valdivia, que ‘si uno emite muchos sonidos a una velocidad acelerada, esos sonidos se agarrarán los unos a los otros automáticamente, formando sílabas, palabras o frases; es decir, agrupaciones más o menos importantes, reuniones puramente irracionales de sonidos desprovistos de toda significación, pero, tal vez por eso, capaces de mantenerse sin peligro a una altura elevada en el aire. Solitarias, las palabras se derrumban llenas de significado, pesadas a causa de sus sentidos, y siempre terminan sucumbiendo o desmoronándose en la peor confusión. A veces, revientan como globos.’ Pasa el tiempo, la última muela abandona su lugar de origen y yo empiezo, como zurcidor japonés, a escribir mis ¿aforismos?’”

Onésimo se levanta de la cama, sonríe, destapa la botella de vino y va escribiendo con tinta verde, casi como un calígrafo o un miniaturista:

1. Son muy pocos los que saben morir. Me atrevo a pensar que poquísimos son los que mueren, porque morir es un acto de energía que muy pocos cumplen cabalmente. Casi todos llegan a la muerte ya rendidos, en situación larvaria, y pasan al más allá como succionados por una aspiradora. Así pudo sucederle a Alejandra, mi novia que acaba de cumplir treinta años en su casa de ventanas ovaladas. Sin embargo le ocurrió a don Jacinto de la Torre, aunque él afirme lo contrario; se fue a Cataluña o a Nueva York, no estoy muy seguro, y allí se perdió para siempre. Nunca me escribe, le perdí las huellas, ¿por qué no me habla?

2. Uno comete siempre el error de ser uno mismo. Toda identidad es peligrosa. Todo árbol lleno de raíces no pasa de ser un suicida. Sin embargo, hay una especie de identidad que no es auténtica. Quizá sea la más vital, la menos vulnerable. De cualquier modo, sobrevivir es lo que importa.

3. Nunca sé adónde voy. Ciertamente, no voy a ningún lado. Valdivia es una ciudad inmóvil, a pesar de su deslizamiento. Chile no existe, no existió nunca, y me dejo llevar por mi sombra: tampoco sé adónde voy. Nunca salgo de mi habitación donde la ventana es otro simulacro; ni siquiera cuando me traslado a la Oficina Federal de Hacienda. Oigo ruidos. Ahora vienen por mí. De repente oigo ruidos aunque nadie vendría a visitarme hasta que deje de llover. Soy una imagen subiendo al escenario: alguien que se dispone a tocar la flauta en medio del frío. Pienso que Chile es Valdivia, pero casi no existe.

4. ¿Onésimo dejando de ser Onésimo? Me levanto muy temprano, me acuesto muy tarde y tengo la costumbre de mirar por la ventana, llueva o no llueva, y salgo a recibir al que no viene. Regreso a mi ventana, sigo mirando y estoy seguro de que algún día descubriré a Onésimo mientras camina con lentitud por esta calle.

5. Aunque todos se opongan, uno resucita a cada instante. No se trata de una situación envidiable, pero uno resucita de improviso, suceda lo que suceda. Estamos condenados a la resurrección y nadie puede cambiar nuestro destino.

6. Por tu respiración podría decirte lo que estás pensando. Por mi respiración podrías decirme lo que estoy escribiendo.

7. Ya lo dijo Jack Livi: "Tomen un círculo con los dedos, acarícienlo, sigan acariciándolo y se convertirá en un círculo vicioso". Así sucedió con Alejandra Santelices, aunque ella no quiera reconocerlo.

8. Vienes de morirte: no de haber nacido. De haber nacido te vas por la ventana abierta, tocando la flauta y soñando en el espacio no siempre lógico donde se configuran los hechos atómicos.

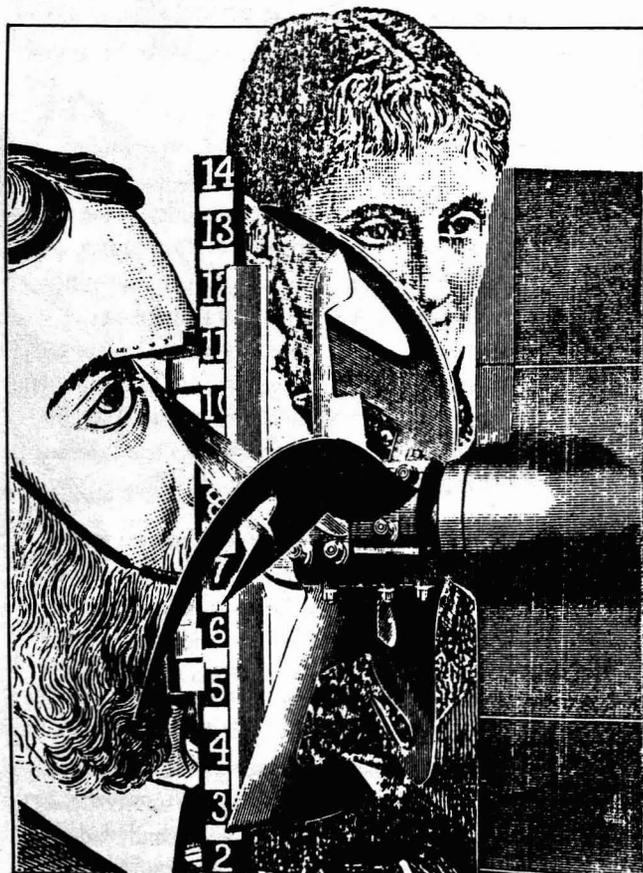
9. Bienaventurado el que sonríe: no es fácil reconocer otro heroísmo.

10. Dios es un poeta de vanguardia, pero lo ignora. Dios es un árbol incapaz de mirarse en el agua que lo refleja, pero lo ignora. Hijo de Narciso, Dios no sabe qué hacer con nuestras vidas, pero lo ignora.

11. Sueño con los cruzados de ayer y de mañana. En el sueño, soy un niño temblando.

12. Las máscaras del origen serán las del Absoluto en sus últimos días.

13. Me confieso en cosmopolita soledad: si algún día llego al poder, acabaré en el púlpito o en el patíbulo que a menudo se confunden hasta convertirse en una misma realidad.



14. Somos relativos y es relativo, incluso, lo que soñamos. Me atrevo a decir que anoche soñé con Onésimo de la Torre y lo vi repitiendo sus ideas de siempre: "Toda flauta es absurda. Toda corbata es aún más absurda. Sin embargo, no podríamos vivir sin una corbata desde donde cuelga nuestro espíritu; tampoco viviríamos sin una flauta para tocar esta música que todavía nos conmueve". Una vez que hubo terminado el sueño, pude comprobar que la corbata era la misma y mi flauta estaba en su sitio, como siempre. Sonreí con algo de tristeza, una tristeza inexplicable, y me puse a tocarla.

15. Nadie está en posesión de la Verdad. Todos estamos en posesión de la mentira por medio de la cual podríamos aproximarnos a la Verdad que nunca nos pertenecerá del todo. Sé que mi padre no está totalmente de acuerdo conmigo, pero no puedo permanecer en silencio. Mi novia dice que don Jacinto es aún más lúcido, a pesar de su maniqueísmo, y yo la observo con asombro y envidia.

16. Que perduren las vibraciones de una flauta, aunque nadie las oiga. Lo más probable es que Dios disfrute con ellas, riéndose.

17. Ten cuidado, Alejandra. Recuerda que eres esclava de tu propia imagen. Ocurre en Valdivia pero hubiera sucedido lo mismo en Nueva York. La idolatría es un atavismo universal.

18. Nunca salgo. Nunca entro. En esta casa no hay nada que ocultar. Repito que nunca salgo porque si entro no hay nadie, seguramente, y existe el peligro de que nadie venga a recibirme. Dicho de otro modo: casi no hay nadie en la casa de nadie. Y por si fuera poco, me olvido del mundo tocando la flauta, observo la ventana, pero nunca salgo.

19. Sólo la muerte dice la verdad, aunque a menudo se equivoca.

20. Lo que sé —un poco de espuma sobre otro poco de espuma— lo soporto con lo que todavía no sé.

21. No tengo ganas de comer, estoy cansado. Qué error trágico, cuánta vergüenza, qué error sublime. Me duermo en esta buhardilla enterrada en el sótano de una casa que aún desconozco. No sabría decir lo que ahora pienso, pero lo digo.

Había dejado de llover y Onésimo dejó su pluma en el tintero. Qué mal calígrafo soy, dijo sin énfasis. Si tuviera que ganarme la vida dibujando el perfil de cada letra, me habría muerto de hambre. Mi biógrafo que escribe estas líneas, cree que yo pertenezco a la estirpe de los estilistas pero se equivoca rotundamente. Los lectores han de saber que me siento desilusionado hasta de mi propia sombra por un defecto de mi maxilar superior. Es cierto que vivo riéndome, aunque detrás de la risa se oculta el abismo. Aún no tengo conciencia de lo que esto significa y, poco a poco, voy creando la parodia de mi vida. ♦